

Conclusiones

A la luz de los testimonios entregados por los pobladores del sur y poniente de Rancagua, se pueden redondear las siguientes conclusiones de tipo general:

- 1) En la base de las comunidades que viven en esos sectores hay una *memoria fundante*—que hoy poseen los que fueron niños y jóvenes entre 1930 y 1965—, formada por un conjunto de recuerdos de signo claramente positivo acerca de los ‘fundadores’ de la población y respecto al territorio (abierto, rural), los juegos infantiles, las fiestas primaverales, los trámites burocráticos y esforzados trabajos colectivos, etc., que marcaron la etapa fundacional. Refleja además una época en que las condiciones del empleo eran más estables y las oportunidades de educarse más expeditas. Esta memoria positiva, de un pasado casi feliz (“todo tiempo pasado fue mejor”) no se encuentra, sin embargo, en todos los pobladores, sino, principalmente, en los que hoy ya son mujeres y hombres adultos, dueños de casa, padres de familia y vecinos con una reconocida trayectoria de protagonismo ‘cívico’. No hay duda de que el protagonismo cívico de estos pobladores se ha derivado, como consecuencia lógica, en gran parte, del signo positivo de esa memoria. Lo mismo que el tejido asociativo actual de las poblaciones, cuya deuda con la presencia sinérgica de esos recuerdos (o ‘capital social’ originario) es, sin duda, alta. En la memoria social de los sectores estudiados se configura, pues, una fase ‘heroica’, una suerte de ‘edad de oro’, que sobrevive como si fuera un monumento propio de identidad, pese a que las capas recordatorias que se han venido depositando después sobre ella no siempre han reforzado su signo positivo original.

- 2) Esos mismos niños y jóvenes ‘de ayer’, al crecer, trazaron una trayectoria de esfuerzo laboral y vecinal que, en ciertos aspectos (familia, sitio, casa y urbanización) fue exitosa, sobre todo por el enérgico despliegue autogestionario de ellos mismos. De este despliegue quedó un profundo recuerdo positivo que legitimó y legitima tanto su orgullo personal de ‘fundadores’ como la asertividad de sus actitudes y acciones ‘cívicas’. Y es en torno a esto que se ha desarrollado también su sentido de respeto, autoridad y orden local. Sin embargo, en otros aspectos, esta generación no fue exitosa. Por ejemplo: no pudo producir los *cambios estructurales* (de nivel nacional) que habrían asegurado a sus hijos oportunidades estables de estudio y trabajo. El éxito en sus trabajos locales no se repitió en el plano mayor de los ‘trabajos nacionales’. No pueden, por tanto, exhibir ante sus hijos un orgullo ‘político’ similar a su orgullo ‘cívico’ local. Y el hecho concreto es que, hoy, muchos de sus hijos se han convertido en “allegados” que saturan el patio interior de sus viviendas. Ciertamente es que este resultado no es de la exclusiva reponsabilidad de los ‘fundadores’. Pero es también un hecho que la relación (más bien conflictiva) entre la generación de esos fundadores y la surgida en los 80 o 90 no está basada en los éxitos locales de sus propios padres, sino en sus fracasos nacionales. A los fundadores esto les parece injusto, porque los jóvenes en general, y los allegados en particular, parecen no conocer ni comprender ni apreciar la ‘heroica’ tarea emprendida por los fundadores para tener hoy lo que tienen en el lugar donde todos viven. Los nuevos estratos de la memoria social no traen, pues, un signo positivo, y es la razón por la que la memoria de los pobladores del sur y poniente de Rancagua no es hoy todo lo homogénea que pudo ser cuando los jóvenes de hoy “no eran más que niños”.
- 3) Por su lado, los hijos de esos allegados (los “cabros chicos” de hoy) están recibiendo en carne propia el impacto de los problemas de empleo, estudio y vivienda que viven sus padres, pese a que habitan el fondo de la casa conquistada por sus abuelos. El orgullo de éstos no alcanza a resolver el problema ‘nacional’ que viven sus padres. De modo que ni los “cabros chicos” de hoy pueden repetir la ‘infancia feliz’ de sus abuelos, ni sus padres los trabajos ‘fundantes’ que tanto enorgullecieron a aquéllos. La memoria de muchos niños se está llenando, pues, con duras experiencias hogareñas de ausentismo de los padres, escasez de recursos, tensión psicológica, violencia intrafamiliar, soledad, etc. El desarrollo integral de los “cabros chicos” no tiene más protección que una pequeña cuota del éxito habitacional y vecinal cosechado por sus abuelos, y una cuota aún menor del pobre o ningún éxito educacional-laboral cosechado por sus padres. Esta crítica situación está forzando a los niños a *convertirse en ‘fundadores’ antes de tiempo*, puesto que casi no pueden apoyarse en lo que han fundado otros; los está llevando a convertir-

se, ya, en pequeños 'héroes': sea porque tienen que sorportar y absorber el tremendo impacto emocional de la crisis que los rodea, sea porque tienen que arriesgarse muy pronto a vivir la aventura de 'la calle', sea porque, a objeto de solidarizar con la crisis de sus padres, desertan del colegio para trabajar en cualquier cosa. El heroísmo forzado a que están abocados estos niños ha despertado la solidaridad refleja de varios actores y grupos vecinales, materializada en redes sociales interiores, de la misma población, que trabajan en el sentido de *rehumanizar* las relaciones que la crisis, dentro de las mismas familias, ha tendido a deshumanizar. Hay aquí un heroísmo y un esfuerzo autogestionario distinto al que fundó el orgullo de los primeros pobladores; una expresión diferente de un mismo 'capital social'. Lo que revela que la crisis, pese a sus efectos letales en los lazos privados de la convivencia, no ha destruido y probablemente no destruirá el poder social que los pobladores emplean para amparar y preservar los procesos básicos de la vida.

- 4) Por la misma situación, los "cabros jóvenes" viven, también, una realidad muy distinta a la experimentada por sus abuelos cuarenta años atrás: no pueden 'irse' fácilmente de la población, porque no tienen reales oportunidades educacionales ni encuentran empleos estables. Muchos de ellos se quedan viviendo, por tanto, en la misma población, y como allí no hallarán trabajo ni 'otras' posibilidades educativas, *sobran*. Llenan la calle, las esquinas, el 'espacio comunitario'. Los vecinos mayores (o fundadores de la población) se irritan frente a la amenaza de esa presencia callejera. Sienten que los jóvenes no respetan la comunidad fundada por ellos. Que, incluso, como que la tienen 'sitiada'. Por eso, llaman a la policía y reclaman mayor protección de parte de las autoridades, con lo cual buscan una suerte de alianza con los poderes externos a la población. La comunidad comienza, así, a vivir un conflicto interno, intergeneracional. Más aún: los jóvenes, sujetos a sospecha, no continúan desarrollando el mismo proyecto histórico de sus padres y tienden a interesarse en otras cosas. La sociedad civil popular pierde homogeneidad interior y, con ello, su unidad de acción. O sea: pierde *poder* propio. La crisis concluye por fragmentar las memorias: las ha, en cierto modo, centrifugado y dispersado en partículas diferentes unas de otras. Como obvio resultado, cada actor social se agarra a su propia experiencia, a sus propios recuerdos, lo que torna difícil unir todos los circuitos de la oralidad, de la memoria y de la opinión.
- 5) Con todo, pese a ese debilitamiento, la sociedad civil popular no pierde la madeja de sus 'redes sociales internas'. Al revés: como que, en esta situación crítica, esas redes se fortalecen: la de los "cabros chicos", la de los jóvenes que se toman las esquinas, las de las mujeres adultas que se mueven entre la base social y las agencias de donde provienen los recursos para el desarrollo 'urbanista' de la población, las de los hombres adultos (que, pese a todo, siguen

